

Las Llaves del Reino

Por A. J. CRONIN

Mucho se lee hoy esta obra en Buenos Aires, y especialmente circula entre la juventud católica, y parece que gusta a muchos. Quizá por la fama de su autor, que se hizo famoso con "La Ciudadela"; quizá por su argumento fuera de lo común, y por el colorido de la narración. Dejo para los que entiendan de letras el hacer la crítica de los valores literarios de la obra, que sin duda los tendrá. Yo pretendo en estos apuntes enfocar solamente el aspecto doctrinario de una obra que se presenta como novela católica, y que en la intención del autor, que no ponemos en duda, quiso ser un homenaje a la Iglesia católica y a su sacerdocio. Pese a su buena intención, la aspiración del Dr. Cronin no se ha realizado, y al contrario, se pueden formular a "Las llaves del Reino" serias objeciones, que es bueno poner de manifiesto para que se la lea con advertencia, pues fácilmente pueden escapar a quien sólo la lea como se suelen leer las novelas, para pasar un rato entretenido con el interés del argumento, y experimentar por sus personajes la simpatía o antipatía a que se hagan acreedores.

Veamos algunos de los reparos que como católicos debemos formular. Examinemos ante todo la figura central, la de Francisco Chisholm: hay en ella rasgos contradictorios ya desde la base. Ni qué decir que, como la mayoría de las vocaciones de novela, la vocación de Francisco es "de segunda mano": a la muerte de su prima Nora se decide a partir al Seminario. O, como se expresa en la presentación: "las circunstancias y un trágico acontecimiento lo obligaron a hacerse cura". No negamos que muchas veces Dios se vale de estos medios para suscitar una verdadera vocación, pero en este caso él mismo nos dirá más de una vez que "no tiene vocación", y cabe preguntarse: ¿Cómo podrá ser precisamente el arquetipo del sacerdote y del misionero católico un individuo que comienza por carecer de vocación? En efecto: nada se encuentra en él de ese amor apasionado a Cristo, y el consiguiente deseo de semejanza, nada de esa aspiración intensa hacia un ideal de santidad, que es lógico esperar hallar en todo sacerdote digno de tal nombre. Sólo hay un deseo indefinido de "hacer bien a la humanidad" (deseo que parece primo hermano de esa vaga filantropía de algunos protestantes) unido a la definición de ser un buen sacerdote el que ha combinado "la virtud de Cristo con la cordura de Confucio". Su misma piedad, su fe de sentimiento o sentimentalismo, casi con prescindencia de la razón, reviste en ocasiones formas muy parecidas a las del modernismo condenado por la Iglesia. Inspira toda su conducta la opinión tan peregrina, que no sabemos haya sido sostenida jamás por ningún Santo ni Doctor al tratar de la jerarquía de las virtudes, de que "la tolerancia es la virtud suprema". Esta tolerancia es la que lo lleva a una amplitud de criterio tal que pasa ya los límites de la ortodoxia. Y precisamente está el peligro en que esa actitud se hace simpática al lector, e insensiblemente se filtra en su espíritu. Recordemos que la acusación de todos los herejes contra la Iglesia ha sido siempre la misma: la de ser intolerante, llamando intolerancia a la intransigencia con el error.

La tolerancia, pues, lleva al P. Chisholm a colocar (o por lo menos da esa impresión) a todas las religiones en un pie de igualdad. "Hay muchas religiones y cada una tienen su puerta para ir al cielo". "Hay muchas puertas en el Cielo. Nosotros entramos por una, estos nuevos sacerdotes (metodistas) por otra". Tranquiliza a la Hna. Clotilde con la cita de una nueva autoridad teológica: Lao-Tsé: "Las religiones son muchas, la razón es una, todos somos hermanos". Y, para no alargar demasiado, citemos una frase del final, que sintetiza todas sus ideas al respecto: "La Iglesia es nuestra gran Madre, que nos conduce por el camino... como a una partida de peregrinos a través de la noche. Pero quizá hay otras Ma-

dres. Y quizá también haya algunos pobres peregrinos solitarios que encuentran solos su camino, a tropezones".

Esta es la "falla teológica" principal, realmente grave, de la novela de Cronin. Deja en el lector una impresión de igualdad entre la Iglesia verdadera, una, católica, y todas las demás sectas, o las demás religiones. Sería solamente cuestión de gustos o de circunstancias. Es más, más de uno se preguntará qué ventaja hay en pertenecer a la Iglesia católica, si todas las demás religiones también llevan al cielo, y con menos trabajo. Y eso es lo que debería haber aclarado Cronin: que no hay tal igualdad. La Iglesia no afirma con absolutismo e intransigencia que todo el que no es católico se condena. No. Los católicos no nos escandalizamos del párrafo de Cronin: "Nadie que proceda de buena fe puede perderse. Ni los budistas, ni los mahometanos... ni los más feroces caníbales que devoran alguna vez a un misionero... Si son sinceros, de acuerdo con su leal entender, se salvarán". Sí, Dios, infinitamente justo y misericordioso no condenará al que ha vivido rectamente, porque haya estado en el error, si ha estado de buena fe y con ignorancia invencible. Pero no transige con el error en sí, pues aunque al Cielo se pueda llegar por distintos caminos, la Verdad no es más que una, no puede ser lógicamente de otro modo. Y aun estos caminos, no son en el fondo más que Uno: Aquel que dijo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida", y es solamente por la aplicación, conocida o ignorada, de Sus méritos, que se salva todo el que se salva. **Et non est in aliquo alio salus.** Esto no lo dice Cronin, como no expone tampoco otra diferencia fundamental: la que va de la vía real a esas vías ocultas, problemáticas y riesgosas. Aclaremos más esto: Los que viven dentro de la Iglesia de Cristo, que el catecismo nos enseña es Una, van, diríamos, por el camino real, ya conocido, iluminado por las enseñanzas de Cristo: "El que me sigue no anda entre tinieblas", guiados por esta Madre y Maestra, asistida en su magisterio infalible por el Espíritu Santo; en la Iglesia tiene Sacramentos para darles la gracia santificante, que los une a Dios y da valor divino a todas sus obras (cosa que no tienen) los que están separados del Cuerpo de la Iglesia, aunque pertenezcan al alma de ella; estos mismos Sacramentos fortalecen y aumentan en ellos esa gracia; y si, por la debilidad de nuestra naturaleza humana llegaran a pecar, la bondad y misericordia previsor de Jesucristo les ha dejado el remedio en el Sacramento de la Penitencia; mientras que... ¿cómo se levantarán de sus caídas los que van por esa vías problemáticas?. Es decir, que mientras nosotros, por la misericordia de Dios, tenemos un generoso exceso de medios y ayudas para salvarnos, ellos tienen apenas el mínimo indispensable para esta empresa.

Aclarado este punto central de la tesis de la novela, habría otros reparos que hacer a las ideas del P. Chisholm. A propósito de su amigo el Dr. Tulloch, dice frases como éstas: "Dios no nos juzga por lo que creemos, sino por lo que hacemos" ¿De modo que la fe no es necesaria para salvarse? Y al objetársele que no era católico, ni siquiera cristiano, fuerza el argumento con parcialidad: "¿Cómo define Vd. al cristiano? Uno que va a la Iglesia un día de cada siete, y los otro seis se dedica a mentir, calumniar y engañar a sus semejantes" ¿No le parece, P. Chisholm, que ni una cosa ni la otra? Ni la fe sin obras nos salva, ni las obras sin fe, por lo menos sin una fe en Dios, pues como enseña la Iglesia y ha definido el Concilio Vaticano, por la sola razón natural el hombre puede conocer la existencia de Dios, su creador, aunque sin la revelación no conozca los misterios de la fe, como ser la Trinidad, la Encarnación, la Redención, etc. Digamos por último que el Cristo del P. Chisholm. "Cristo era un hombre muy tolerante y humilde", se parece más al dulce Cristo de Renan, o al filántropo de algunos protestantes modernos, que al Hombre Dios, al Verbo encarnado, al Hijo de Dios, que nos muestran los Evangelios.

Fuera de estas originalidades, los demás rasgos del P. Chisholm que le prestan simpatía, serían, diríamos, los propios de cualquier sacerdote normal, pero en el héroe de Cronin le acarrean disgustos e incomprendiones en todas partes: en el Seminario, en las sucesivas parroquias, hasta que, por fin, imposible de ubicar

entre el clero de Escocia, es enviado a China. Y ésta es otra de las observaciones que hay que hacer: Cronin no encuentra otro medio para poner de relieve a su personaje, que deprimir a todos los que lo rodean. Naturalmente, al lado de figuras mezquinas, o de miras estrechas o ambiciosos que buscan subir por la adulación, o seres rutinarios apegados a la letra y a formalismos externos, pero carentes de espíritu, la figura de Chisholm, que no es como éstos, adquiere proporciones extraordinarias. Pero esto porque, como se ve, está proyectada sobre un fondo que no es el real, pues si considerados aisladamente algunos de esos caracteres pueden estar bien pintados, y puede haber entre la gente de Iglesia algunos ejemplares así, sin embargo el ambiente que se obtiene con la suma de esos caracteres está muy lejos de ser reflejo de la realidad, puesto que esos caracteres son precisamente un ínfima minoría.

Una pequeña observación para concluir: muchos de esos rasgos que adornan al P. Chisholm: esas bromas durante su época de estudiante (prender fuego al diario, procesión de los sacramentos, reemplazo de la lectura en el refectorio); esa oración nocturna ante el sagrario en la parroquia de Shalesley y otros gestos semejantes, se encuentran todos en la biografía del P. Guillermo Doyle, escrita por O'Rahilly y muy difundida en Inglaterra, por lo que no es extraño que la conozca el Dr. Cronin, y haya recurrido a ella para vestir a su héroe con estas prendas ajenas. (Es obvio aclarar que al verdadero autor de estas hazañas ninguna de ellas le acarreo las consecuencias y la incomprensión que le acarrearón al desdichado Chisholm). Mientras que otros rasgos de ese mismo Guillermo Doyle, que no habrá podido comprender Cronin, le sirvieron para dar toques de sombra en otros personajes. Así el P. Tarrant, hecho antipático por "su frialdad, esa austeridad esculpida en cada trazo por las despiadadas mortificaciones que se infligía"; así también el P. Surette "que se vanagloria del asombroso record de 50.000 jaculatorias en un día". Como se vé, el jesuita irlandés ha proporcionado tela para hacer trajes de todos los gustos.

En fin, no podemos juzgar la intención y la buena voluntad del señor Cronin, pero, como se vé por todo lo expuesto, a veces asombra que sea católico quien ha escrito tales cosas. Es que el ser católico y el admirar a la Iglesia y a su sacerdocio no habilitan por sí solos para escribir una novela "sacerdotal". Hace falta además algún conocimiento que diríamos teórico, la Teología, y también alguno práctico, el sentir en sí algún ideal semejante al que debe mover al personaje, pues de lo contrario es un poco difícil ubicar "desde afuera" su psicología sin dar pasos en falso. Por eso fracasó Cronin aquí, porque le faltaba esa información que en cambio hizo de "La Ciudadela", cuyo protagonista es un médico como el mismo Cronin, la novela extraordinaria que todos admiramos.

MARIA MERCEDES BERGADA

La vida es breve y nunca sobra el tiempo para alegrar el corazón de aquellos que hacen junto con nosotros la oscura travesía.

AMIEL